

ñor ostenta realmente ese poder, de que se ha despojado; ese prestigio, que ha despreciado; un hombre, sea quien fuerè, es siempre débil, su accion no alcanza, ni alto, ni muy léjos; necesita, por lo tanto, otros hombres que lo rodeen; ved aquí lo que debia tener el Señor del mundo. Pero, ¿quiénes serán estos hombres? No pretendo, que nuestro divino Maestro buscasse capitanes ilustres, para propagar, por medio de las armas, sus ideas por el universo: no pretendo, que solicitase riquezas, para hacerse suyas las naciones; iba á fundar un imperio, que ni se vende ni se compra; y ni el oro, ni las armas eran buenos elementos para la obra que meditaba. Se trataba, sobre todo, de una trasformacion realmente moral: el trabajo debia versar sobre los pensamientos y las ideas. Pero, observadlo bien; las ideas no obran por sí solas; las ideas no adquieren eficacia, sinó, moviendo los resortes del corazon humano con la influencia de la palabra. Así, pues, el Salvador del mundo, en la suposicion de ser simplemente un hombre, para realizar esta grande obra, necesitaba, no hombres comunes, sino hombres superiores, es decir, que aventajasen á los demás hombres. Pues bien, para elegir á los que debian secundarle, no fijó su atencion en las posiciones que el mundo califica de brillantes. Descendió hasta el último limite de la humanidad, hasta la verdadera negacion de la gloria, del poder, de la riqueza, de la consideracion, de todo; fija su vista en los apóstoles para trasformar el mundo. Por segunda vez apela á la nada para una creacion, y la nada le obedece por segunda vez.

Es preciso haber perdido el sentido, para no reconocer en esto un milagro eminente, un milagro de poder que atestigua, que Jesucristo es Dios.

Además, cuando se dispone de una fuerza para obrar, se necesita un punto de apoyo, y esta segunda condicion es acaso más difícil que la primera; es lo que pedia, en la antigüedad, Arquímedes, para levantar el mundo físico. Así tambien, para levantar el mundo moral, se necesita de un punto de apoyo, que se encontrará visiblemente en la humanidad misma. Hay que tomar este punto de apoyo en el corazon de la humanidad, tomarle en el corazon del siglo, en el corazon de nuestra misma humanidad, para que el movimiento pueda ser más considerable y aún perpétuo: hay que tomarle en el corazon del siglo, para dar principio á este mismo movimiento. En efecto, hermanos míos, apoyarse sobre lo actual y sobre lo que es perpétuo, ó sea, edificar, á la vez, sobre lo antiguo y sobre lo nuevo, ved aquí en qué consiste la gran sabiduría del hombre. Cuando se quieren realizar obras eficaces y duraderas, se han de reunir necesari-

riamente estas dos condiciones; apoyarse en lo viviente, y tambien en lo estable. Y nuestro Señor Jesucristo ha dado, aún en esto, una leccion á la sabiduría humana. No buscó el punto de apoyo en la naturaleza humana, y tampoco en el siglo.

2. No lo buscó en la naturaleza humana. El principal punto de apoyo que encuentran los novadores, los reformadores de nuestra humanidad, es, hermanos míos, la esperanza. El pueblo, en general, y los individuos, en particular, anhelan siempre algo desconocido, hácia lo cual se precipitan; no se satisfacen con lo presente, quieren estar mejor, tienden hácia la felicidad. En efecto, ¿para qué habíamos de movernos, si no contásemos con una esperanza? La esperanza nos seduce, y ved aquí el medio de que se valen los novadores; y por esto, en la aurora de una nueva revolucion, es tan radiante lo porvenir, es tan sombrío lo pasado. Oidles. Pueblo, dicen, mira, cuán oscuro es tu pasado; mira, cuánto promete tu porvenir. En pos de tí está la miseria, delante tienes la felicidad. Avanza algunos pasos, haz algun esfuerzo y serás feliz. Y, en cierto sentido, tienen razon.

Nuestro divino Maestro obró en un sentido enteramente distinto. En vez de dar á sus enviados esperanzas humanas, se las desvanece, en cierto modo, destruyendo todos los resortes del valor. Ved aquí lo que les dice: vosotros sois mis elegidos para verificar las trasformaciones más grandes que medito: pero, atended al rudo destino que os aguarda. El mundo os aborrecerá, porque yo tambien he sido objeto del desprecio del mundo. Marchad, y estad seguros de encontrar el odio por recompensa; el odio es poco; tambien se os pagará con persecuciones. Con todo, no os desanimeis, pues aún puedo daros otra esperanza.

Hay una circunstancia, que hace retroceder á todos los hombres, que causa terror aún á los más ambiciosos, y hace fracasar los más dignos proyectos; esta circunstancia es el desprecio; pues bien, contad con esto; sereis despreciados. Cuando os hayais sacrificado, cuando hayais sido objeto del odio, de la persecucion y de la muerte, se os tendrá por locos; hasta se os negará el honor de saber porque habeis dado vuestra vida. Y no creais que sea esta una opinion mia, nó; así nos lo enseña nuestro divino Maestro. De este medio se vale para estimular á sus discípulos; les da la esperanza del odio, de la persecucion, de la muerte, y, sobre todo, la del desprecio. ¡Ah! si pudiera al ménos vislumbrarse un rayo de gloria en su suplicio; entonces, acaso, se tendria valor suficiente para confiar en los homenajes de la posteridad, desde el patíbulo, á donde se sube para verter la sangre. Pero, cuando se dispone uno á morir, cuando uno muere, en efecto,

no puede dársele mayor desconsuelo, que el de amenazarle con el desprecio del género humano. ¡Oh, Dios mio! si no hubierais sido más que hombre, no se os hubiera ocurrido este pensamiento.

Ya veis, pues, que nuestro Señor ha prescindido de los resortes humanos, y no ha buscado un apoyo en el fondo de la humanidad, ni en el siglo. Bien sabeis, hermanos míos, que en todas las épocas se forma una especie de atmósfera particular, que corresponde á las necesidades actuales; y ved aquí el recurso más poderoso para mover y entusiasmar á la sociedad. Los hombres obran de esta suerte, porque son hombres; pero, nuestro Señor obra en un sentido contrario, precisamente porque no es exclusivamente hombre.

Creo inútil manifestaros, que nuestro divino Maestro, no apeló á los perversos instintos de la humanidad, para realizar la gran trasformacion que meditaba; no hizo semejante trasformacion, predicando los derechos, sinó inculcando los deberes, lo cual es enteramente opuesto á los procedimientos de los novadores. Observad, que no apeló á la idea dominante, á la pasion dominante de su siglo: al contrario, parece que queria levantar contra sí todas esas fuerzas, contra las cuales iba á luchar, ó mejor, que iba á destruir. Con efecto; en el siglo de Augusto preponderaba la independencia de la razon; pues bien, nuestro divino Maestro predicó la esclavitud de la razon. El siglo de Augusto andaba en pos de la riqueza y de los placeres; pues bien, nuestro divino Maestro les predicó la pobreza, la mortificacion. ¿Cómo consiguió, pues, sublevar las masas? Es, que pronunció una palabra nueva y poderosa; mas, observadlo bien; despues que el cristianismo la ha explicado en su verdadero sentido, despues que la multitud puede comprender esta expresion del Evangelio, la fraternidad, desde entónces, ha sido poderosa para mover á los hombres; pero, en aquellos tiempos, era un obstáculo. No era entónces un resorte para mover las almas, porque faltaba precisamente en las almas el conocimiento de la palabra. Y sin embargo, como nuestro divino Maestro produjo un movimiento, es preciso, que encontrase en alguna parte un resorte. No tendió á excitar la cólera de los pequeños, contra el fausto de los grandes, ó la cólera de los esclavos, contra la dominacion de sus señores, ni el encono de los pobres, contra la opulencia de los ricos; esto era muy fácil, hermanos míos. Nuestro Salvador estableció entre el rico y el pobre las relaciones de amor para unirlos, con el objeto de impedir, que el uno muera de egoismo, y el otro de hambre. Enseñó á los grandes, á descender hasta los pequeños; é impulsó á los pequeños, á resignarse á la dominacion de los grandes; enseñó á los señores, á convertir la esclavitud en amor y caridad. Ved aquí el pro-

digio realizado por Jesucristo. Lo que Arquímedes pedia para levantar el mundo físico, nuestro Salvador no lo ha querido para levantar el mundo moral; lo ha levantado, sin buscar un punto de apoyo, ni en la naturaleza, ni en la humanidad; ha revelado, que era Dios. Acabemos de manifestar el modo con que obró nuestro divino Salvador.

3. Cuando se ha encontrado la potencia y el punto de apoyo, es preciso aplicarlos mutuamente, es decir, debe determinarse el medio de obtener un resultado eficaz. Pues bien; ¿qué hizo Jesucristo? Su conducta, hermanos míos, puede resumirse en dos palabras, que podrán sorprenderos, pero, que bien comprendidas, constituyen la demostracion del prodigio. Todo ese secreto se reduce á ceder y morir para convertir al mundo, y hacer una trasformacion en la humanidad. Con efecto: el divino Maestro dijo á sus apóstoles: Ved, que os envío como corderos en medio de los lobos: *Ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos*. Este es el gran prodigio con que voy á sorprender al mundo: cuando se haya realizado este portentoso, los corderos, juntos con los lobos—los corderos, que solo eran doce en el campo del cristianismo, juntos con los lobos, que llenaban el mundo,—cuando se haya visto á los corderos triunfar de los lobos, entónces será evidente, que ese prodigio lo ha realizado mi poder. Pues bien, hermanos míos; á la vista de los lobos, ¿qué pueden hacer los corderos? Nada más que ceder ó morir. Esto es lo único que manda nuestro Señor á sus conquistadores: por esto les dice: os envío como corderos en medio de los lobos; ceded y morid. Ceder, hermanos míos, es un procedimiento desconocido á los que quieren destruir todo lo existente. Contemporar, aplazar, hacer pactos, á cualquiera se le ocurre; pero, ceder, es decir, retroceder, es una idea nueva. La táctica general consiste, en avanzar, hasta destruir todos los obstáculos, y si es preciso, se sube al poder, pisando cadáveres. Tal es la práctica de los dominadores humanos. Jesucristo, al contrario, mandó á sus apóstoles, que cediesen. «Cuando se os arroje de una ciudad, les dijo, huid á otra ciudad.» Con efecto; ¿de qué medios disponen para imponer su palabra? Humanamente hablando, de ninguno. Si el más humilde de los hombres se les presenta y les dice: no necesito de vuestra palabra, rechazo vuestra doctrina, no pueden imponérsela espada en mano, solo pueden predicar para persuadirlos.

Los apóstoles han vencido, presentándose en todas partes como corderos. Mas, no consiste todo en resistir. La doctrina católica debia encontrar más que la resistencia pasiva; debia contar con ser atacada formalmente. En efecto, los satélites están preparados, las cuchillas levantadas, las hogueras dispuestas. Paréceme que, desde este sitio,

oigo á los emperadores, á los pretorianos y sus verdugos, que retan á los predicadores de la nueva palabra, amenazándolos con el martirio y la muerte. ¿Qué deberán, pues, hacer los apóstoles, cuando vean levantada la cuchilla sobre su cabeza? Los hombres se defienden. Los apóstoles mueren para hacer creer: esta es su gran ley. Se vierte sangre, sí; pero, no la sangre de los perseguidores, sino la sangre de los perseguidos; no la sangre de los demás, notadlo bien, lo cual es muy fácil, sino su propia sangre, haciendo triunfar la doctrina que predicaban. Ahí teneis, hermanos míos, la divina táctica de estos desconocidos conquistadores.

En este punto, paréceme que se hace una brillante manifestacion de la divinidad de mi divino Maestro. Como quiere llevar su movimiento á toda la tierra, y como todos los pueblos acuden á él, dice á sus discípulos, que es preciso morir, y no pagar con mal el mal que reciban. Para los hombres, el vivir es su primera y única idea, y, muchas veces, toda su ambicion se limita á pedir al tiempo alguna duracion más. Se guardan muy bien de confiar á su muerte, el cumplimiento de lo que no ha podido realizar su vida. Se dan prisa para edificar, contando con los pocos dias que se les han concedido. Nuestro divino Maestro hace, por sus apóstoles, lo que ha hecho por sí propio; les recomienda, que esperen de su muerte lo que no han obrado durante su vida; les manda seguir su ejemplo, es decir, hermanos míos, que cuenten con la fecundidad de su sangre y la eficacia de su muerte. Esto es una locura, una singular locura, humanamente hablando. Pero, ved otra, que equivale á la primera: cuenta con que nunca le han de faltar los mártires, que siempre habrá hombres dispuestos á sacrificar hasta su vida; cuenta que la sangre derramada, en vez de ahogar la doctrina, va á darle fecundidad en el mundo entero. ¡Oh mi divino Maestro! ¿cómo habeis podido concebir este pensamiento? Hermanos míos, ¿ha conseguido su objeto nuestro divino Maestro?... No necesito indagarlo; me basta saber que lo ha intentado.

¿Quereis saber si lo ha conseguido? No teneis más que preguntarlo al Oriente y al Occidente; preguntadlo á los vientos, y los vientos os traerán esta magnífica verdad: sí; Cristo ha vencido. Cristo ha triunfado de todo, Cristo reina aún, y ha triunfado por medios verdaderamente divinos; ha triunfado, ha edificado su Iglesia, apoyándose en la nada; ha triunfado por la nada; y con la nada, ha hecho una obra de la nada: es verdaderamente Dios.

Tengamos á gloria el pertenecer á una religion, que posee testimonios tan brillantes, como decia al principio. ¡Oh! si, gloriémonos de ver en la frente de aquel á quien adoramos, una corona tan brillante.

Demos, pues, siempre, y por todas partes á nuestro divino Maestro, el testimonio de nuestra adoracion, de nuestra fé, y, sobre todo, de nuestro sacrificio.

Pero, no os contenteis con esto. Id á todas partes con abnegacion á buscar adoradores de Jesucristo. Decidme; ¿no necesitais procurar que se adore á Jesucristo? ¿Acaso no os interesa ver á todo el universo postrado ante él? ¡Ah! cuando conquistamos un adorador á Jesucristo, contribuimos, por nuestra parte, á asegurar la sociedad; porque nosotros estamos en la base, y la sociedad no sabe asegurarse; esto proviene, hermanos míos, de que el trono del rey divino está vacilante en las almas. Asegurémole, pues, en todas partes; y por medio de nuestro celo, por nuestro apostolado constante, procuremos que llegue, por fin, el universo entero á adorar unánimemente al divino Maestro. ¡Divino Maestro! habeis probado muy bien, que sois Dios, pues, habeis obrado un prodigio tan grande, sin serviros más que de la nada. Habeis creado un nuevo mundo por medio de la nada, y vuestro poder se ha manifestado, como en el primer dia de la creacion. ¡Gloria pues, y honor para siempre á vos! Y á todos nosotros, hermanos míos, á nosotros nos compete la obligacion que nos impone esa soberana enseñanza; á nosotros nos compete la obligacion de hacer, con nuestro divino Maestro, grandes cosas con la nada; á nosotros nos compete la obligacion de presentarnos en el mundo como corderos delante de los lobos; la obligacion de ceder y de morir; sí, siempre unidos á nuestros pastores, debemos sufrir con ellos, y como ellos triunfar siempre, cediendo y dando nuestra sangre.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

JESUCRISTO.—Es el maestro de la naturaleza.

Es el maestro de la gracia.

Es el maestro de la gloria.

JESUCRISTO.—Es el compendio de todas las maravillas.

Es el centro de todas las grandezas.

Es el principe de todas las gracias.

JESUCRISTO.—Debe ser el objeto de toda nuestra devocion.

Debe ser el estímulo de todas nuestras virtudes.

Debe ser el objeto de todas nuestras obras.

JESUCRISTO.—Demuestran su divinidad:

1.º La perfeccion de su doctrina y de su moral: 2.º la santidad de su vida: 3.º sus estrepitosos milagros.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te. Psalm. II, 7.

Dixit Dominus Domino meo: Sede à dextris meis; donec ponam inimicos tuos, scabellum pedum tuorum. Idem, CIX, 1.

Ecce virgo concipiet, et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel. Isai. VII, 14.

PARVULUS enim NATUS est nobis, et filius datus est nobis, et factus est principatus super humerum ejus; et vocabitur nomen ejus, Admirabilis, Consiliarius, Deus, Fortis, Pater futuri sæculi, Princeps pacis. Idem, IX, 6.

Lauda, et letare, filia Sion: quia ecce ego venio, et habitabo in medio tui, ait Dominus. Zachar. II, 10.

Ecce vox de cælis dicens: Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui. Matth. III, 17.

Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis: et vidimus gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti à Patre, plenum gratiæ, et veritatis. Joann. I, 14.

A mi me dijo el Señor: Tú eres mi hijo: yo te engendré hoy.

El Señor dijo á mi Señor: Siéntate á mi diestra; mientras que yo pongo á tus enemigos por tarima de tus piés.

Sabed que una virgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emmanuel, ó Dios con nosotros.

Ahora que ha nacido un PARVULO para nosotros, y se nos ha dado un hijo, el cual lleva sobre sus hombros el principado, ó la *divisa de Rey*, y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de paz.

Canta himnos de alabanza, y alégrate, oh hija de Sion; porque mira, yo vengo, y moraré en medio de tí, dice el Señor.

Oyóse una voz del cielo que decía: Este es mi Hijo querido, en quien tengo puesta toda mi complacencia.

Y el Verbo se hizo carne, y habitó en medio de nosotros: y nosotros hemos visto su gloria, gloria cual el unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia, y de verdad.

Dicite mulier: Scio quia Messias venit (qui dicitur Christus)... Dicit ei Jesus: Ego sum, qui loquor tecum. Idem, IV, 25, 26.

Tu creditis in Filium Dei?... Quis est, Domine, ut credam in eum? Et dixit ei Jesus: Et vidisti eum, et qui loquitur tecum, ipse est. Joann. IX, 35, 36, 37.

At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum, factum ex muliere, factum sub lege, ut eos, qui sub lege erant, redimeret. Galat. IV, 4, 5.

Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus. Tit. II, 11.

Scimus quoniam Filius Dei venit, et dedit nobis sensum ut cognoscamus verum Deum, et simus in vero Filio ejus. Hic est verus Deus, et vita æterna. I Joann. V, 20.

Dícele la mujer: Sé que está para venir el Mesías (esto es, el Cristo)... Y Jesús le responde: Ese soy yo, que hablo contigo.

¿Crees tú en el Hijo de Dios?... ¿Quién es, Señor, para que yo crea en él? Díjole Jesús: le viste ya, y es el mismo que está hablando contigo.

Mas cumplido que fué el tiempo, envió Dios á su Hijo, formado de una mujer, y sujeto á la ley, para redimir á los que estaban debajo de la ley.

La gracia de Dios Salvador nuestro ha iluminado á todos los hombres.

Sabemos que vino el Hijo de Dios, y nos ha dado discrecion para conocer al verdadero Dios, y para estar en su Hijo verdadero. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna que esperamos.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Verbum caro factum est, non mutatum in carnem; assumpsit enim humanitatem, non amisit divinitatem; itaque idem Deus et idem homo; in natura Dei æqualis Patri, in natura hominis factus est mortalis. S. Aug. de act. cum fel.

Vita æterna mortem assumpsit, vita æterna mori voluit, sed de tuo non de suo; accepit de te ubi moreretur pro te: ab

El Verbo se hizo carne, pero no se cambió en hombre, sinó que tomó la humanidad, sin dejar la divinidad; de modo, que es á un tiempo Dios y hombre; como Dios, es igual al Padre; como hombre, se ha hecho mortal.

El que es vida eterna se sometió á la muerte; quiso morir, no como Dios, sinó como hombre: tomó tu naturaleza para morir por

hominibus enim assumpsit carnem, sed non more hominum: nam Patrem habens in caelo, matrem elegit de terra; et illic natus sine matre, et hic sine patre. Idem, Tract. 26 in Joann.

Nomen Christi exprimit unitatem personae in duabus naturis, exprimit etiam dignitatem regiam et sacerdotalem, et gratiae plenitudinem propter unctionis prerogativam. S. Joann. Damasc. in Matth. cap. 16.

Deus Pater unicum Filium suum in utero virginis humanae naturae conjungens, Deum ante saecula sibi coaeternum fieri voluit hominem in fine saeculorum: et quem sine tempore genuit, salvandis hominibus cum tempore ostendit. S. Gregor. lib. 2 et 6 moral.

Putasne Filium Dei reputet Jesum quisquis ille est homo, qui ipsius nec terretur comminationibus, nec attrahitur promissionibus, nec praecipis obtemperat, nec consiliis acquiescit? S. Bernard. in serm.

ti: tomó carne, pero no como los demás hombrés; porque, si en el cielo tiene un Padre, en la tierra quiso nacer de una madre; en el cielo fué engendrado de un Padre sin madre; en el mundo nació de una madre sin padre.

El nombre de Cristo expresa una sola persona en dos naturalezas, la dignidad de rey y sacerdote, y la plenitud de la gracia infundida por la unción divina.

Dios Padre, uniendo á su hijo divino con la naturaleza humana en el seno de una vírgen, quiso, que este Hijo Dios, igual á él, desde la eternidad, se hiciese hombre en el fin de los tiempos, dándonos temporalmente para nuestra salvacion, al mismo que engendró desde la eternidad.

¿Crees por ventura, que tiene á Jesús por Hijo de Dios el hombre, que desprecia sus amenazas, y no se fija en sus promesas, ni observa sus preceptos, ni estima sus consejos?

JÓVEN ENDEMONIADO.

Magister, attuli filium meum ad te habentem spiritum mutum.

Maestro, yo he traído á tí un hijo mio poseído de cierto espíritu maligno que le hace quedar mudo.

(MARC. IX, 16.)

La sabiduría humana no instruye sinó de palabra; pero, la sabiduría divina encarnada nos instruye tambien con las obras; porque, siendo Jesucristo en sí la palabra animada, subsistente, personal, infinita y perfecta, es, á un tiempo, palabra y enseñanza para el hombre. Así, pues, miéntras este amoroso Señor, con sus divinas palabras nos revela sublimes misterios, importantes doctrinas y las verdades más interesantes, nos las confirma tambien, nos las pone en accion, digámoslo así, por medio de sus divinas obras, que son otros tantos discursos visibles, que están al alcance de nuestros sentidos. Y de este modo se realiza tambien el vaticinio de Isaías: esto es, que en la escuela del Redentor se nos instruirá, no solo escuchando, sinó tambien viendo: *Et erunt oculi tui videntes praepceptorem tuum* (ISAÍ. XXX, 20).

Y entre todas las obras del Dios hecho hombre, en particular sus portentos, son, á un tiempo, obras estupendas y palabras inefables; obras, porque, históricamente, son verdaderos; palabras, porque, al propio tiempo, son misteriosamente figurativos y proféticos. En ellos está la condenacion de todos los errores, la manifestacion de todas las verdades, la reprobacion de todos los vicios, la enseñanza de todas las virtudes, el premio de todos los méritos, el consuelo de todas las penas, y el remedio de todas las enfermedades.

Con efecto; ¿quereis conocer los deplorables estragos que el demonio causa en el alma por el pecado, y los medios de repararlos? El milagro de la curacion del jóven endemoniado nos presenta todo esto como en un cuadro, en el que podemos aprender tan importante verdad. Consideremos, pues, en el dia de hoy, este insigne milagro; y para hacerlo cual conviene, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.